

—De chiquillo me encantaban las grosellas —dijo Kjell Bjarne—. Y ahora no las soporto.

Lo dijo de tal manera que yo comprendiera que, entre tanto, algo había sucedido. Entre otras cosas, había vivido la mitad de una vida y, por algún lugar del camino, le había perdido el gusto a aquellas ácidas bayas rojas.

Yo, en cambio, no tengo nada en contra de las grosellas. Me gustan las grosellas. Lo que en gran medida me había quitado a mí el paso del tiempo era la capacidad de disfrutar de las cosas. No me parecía que la vida fuera tan agradable como cuando era un niño. Pero no lo decía. Un mensaje de ese tipo no habría hecho más que aturdirlo. Además pasa algo curioso. Al decirlo en voz alta, es como si se volviera doblemente cierto. En este caso, la mitad de agradable.

Por lo demás tampoco es que tuviera gran cosa de la que quejarme. En el fondo, no. Lo cierto es que yo debía de ser más bien un joven mimado, como tantos otros jóvenes varones de este país, por otro lado. No hacía falta acudir a los negros de África para encontrar tipos en condiciones mucho peores que las nuestras. Bastaba con echarles un vis-

tazo a los negros de Oslo y no se tardaba en comprender dónde se encontraba el país. Por lo que tenía entendido, se les trataba simple y llanamente como a *niggers*. Incluso la propia policía, o quizá especialmente ellos. Ven aquí, Sambo, decía la policía. Déjanos echarle un vistazo a ese pasaporte falso que llevas. Al menos ese era el tipo de cosas que se leían constantemente en los periódicos.

Kjell Bjarne estaba apostado en la ventana mirando fijamente a la calle. Me preguntaba qué habría visto, puesto que de pronto se había acordado de que no soportaba las grosellas. Pero no se me pasaba por la cabeza preguntarle. Lo más probable es que no hubiera visto nada en absoluto, cosa que podía explicar lógicamente el que sus asociaciones se encaminaran en dirección a las grosellas. Ni un mísero Escarabajo rojo debía de haber visto. Simple y llanamente había empezado a hablar sin más, sin el más mínimo objetivo ni sentido. Porque así era él. La primera vez que lo vi, me preguntó si yo entendía algo de ganado. Cosa de la que yo no entendía, claro. Y cuando más tarde le pregunté por qué me había venido con precisamente aquella pregunta, me respondió que no tenía la menor idea. Que simple y llanamente no lo sabía. Me había costado tiempo acercarme a él, y aún más tiempo me costó permitir que él se acercara a mí.

Ahora habíamos mezclado nuestra sangre. No voluntariamente, es cierto, pero habíamos mezclado nuestra sangre. Ahora éramos hermanos de sangre.

—Siéntate —le dije—. ¡No te quedes ahí colgado!

Sabía yo muy bien lo fácil que es acabar estancado cuando uno se dedica a estudiar la realidad desde la ventana de un pequeño apartamento. En un abrir y cerrar de ojos te ves desconectado de toda realidad. Y ahora teníamos en marcha un proyecto común que consistía en que, por todos los medios, volviéramos a conectarnos, en que formáramos

parte de la vida cotidiana, por decirlo así. Las trampas eran muchas, tantas como minas había en el frente de Verdún.

—¡Siéntate! —repetí.

Hizo como le decía. Se sentó sobre el borde del sofá y se puso a contemplar sus enormes manos. Sospecho que sabía lo que se avecinaba.

—Sabes qué día es hoy —le dije implacable.

—Es jueves.

—Es jueves día quince —continué yo—. Eso significa que va a venir Frank.

Empezó a restregarse las sienes con los nudillos, señal inequívoca de inseguridad y sentimiento de culpa.

—Lo siento —dije—. Pero no me queda más remedio que sacar el tema con él. Si eres incapaz de dejar esa estupidez de las llamadas a la línea erótica, nos vamos a quedar sin teléfono. Porque no nos lo vamos a poder permitir. Así de sencillo.

Dejó caer las manos y se quedó mirándolas: —Yo no he llamo a nadie.

—No —dije—. Has llamado a una cinta magnetofónica. Has llamado a una cinta magnetofónica en la que una mujer te dice que desea tu cuerpo y que sueña con que hagas de todo con ella. ¡Esta noche te he oído! Te he oído levantarte y trajinar con el teléfono.

Inspiró pesadamente: —No se lo digas a Frank, anda.

Esa mirada suya de perro era simplemente insoportable. Me recordaba a un cocker spaniel al que le hubieran quitado un solomillo tras quince días de ayuno. Pero no era este el momento de ser blando y complaciente. Por medio de un intenso entrenamiento telefónico, por fin había conseguido trabar amistad con ese instrumento tan práctico, y pretendía conservarla a toda costa. Simple y llanamente me había convertido en un hombre de teléfono. No estaba

dispuesto a aceptar que Kjell Bjarne lo estropeará todo. La última factura de teléfono había sido astronómica. Durante el siguiente medio mes habíamos sobrevivido a base de pan duro y sopas de sobre. Frank había dicho que nos estaba bien merecido, que era una magnífica manera de aprender. No tenéis más que elegir, había dicho Frank, charlas guarras o comidas decentes. Con la pensión que tenéis, en realidad podéis vivir bastante holgados. Todo depende de cómo maneáis las coronas.

Y en eso tenía razón. La responsabilidad era nuestra. Eso lo había aprendido en el centro de curas de Brøynes, donde nos conocimos Kjell Bjarne y yo.

Esto es: la responsabilidad era mía. Ya que yo era el responsable de la economía en este piso compartido por dos personas. Kjell Bjarne perdía la cabeza en cuanto tenía algo de dinero entre las manos. A cambio era un buen cocinero. En la cocina tenía el poder absoluto. Yo llevaba las cuentas y Kjell Bjarne se dedicaba a freír y a asar. Perfecto. Cuando se ponía guasón, Frank solía llamarnos «los dos emprendedores solteros».

Kjell Bjarne repitió su petición de que no informara a Frank.

Eso no podía prometérselo. El papel del delator me es infinitamente ajeno, pero tal y como lo veía yo, en este caso no se trataba de delatar. Se trataba de mantener un pacto. Y el pacto era hablar con Frank sobre los asuntos turbios y las irregularidades, para que el aire pudiera limpiarse, y la vida continuar en toda su cotidiana normalidad. Y el teléfono forma parte de la normalidad. Así es como son las cosas.

Me había supuesto un calvario trabar amistad con él. Durante todos aquellos años en que mamá y yo vivimos en una especie de vibrante soledad a dos manos, había sido ella quien llevaba la palabra cuando el mundo exterior hacía

aparición, o tenía que ser contactado mediante el invento del viejo Bell. Lo que es a mí, me resultaba difícil mantener un diálogo sensato si no veía al interlocutor. Perdía la concentración con mucha facilidad, porque me dedicaba a imaginar el aspecto de aquel con quien hablaba, lo que ocurría en la habitación en la que se encontraba aquella persona. Si se trataba de alguien conocido, escarbaba en mis propios recuerdos para reconstruir tan minuciosamente como fuera posible cada uno de los rasgos de su rostro. Y si se trataba de un desconocido, la situación podía desmadrarse por completo, porque se me desbordaba la imaginación. Era simple y llanamente incapaz de relacionarme con una voz aislada. Para tan solo entender lo que se decía, me era necesario invocar a una criatura de carne y hueso. En una ocasión en que me encontraba solo en casa y llamó una asistente social a la que no conocía en absoluto, no me quedó más remedio que rendirme y colgar el teléfono. Una dolorosa derrota que no pasó completamente inadvertida. Pero es que no fui capaz de ponerme de acuerdo conmigo mismo sobre lo que llevaba puesto aquella mujer, o sobre el tipo de peinado que tenía. Una parte de mi cerebro hacía aparecer la imagen de una atractiva joven con pelo oscuro cortado a lo paje, una auténtica preciosidad, recién salida de la Escuela de Trabajo Social. Nariz recta y carnosos labios rojos. Exigente y complaciente al mismo tiempo. Pero sobre esta imagen, otra parte de mi propia consciencia colocaba una distinta. Veía una cara vieja y viscosa. Poros abiertos en una piel pálida y malsana. Una mirada punzante que en esos momentos estudiaba algo que yo no conseguía agarrar, pero que percibía como indecente, quizá amenazante. Una desagradable figurilla de la Antigua Grecia que estuviera sobre su mesa, por ejemplo. Como he dicho, colgué el teléfono y, por si acaso, desenchufé también el cable. Cuando

volvió mamá, me cayó una terrible reprimenda y, a partir de entonces, generalmente me metía un dedo en cada oreja cuando sonaba el teléfono.

Pero con la ayuda de Frank, todo había mejorado mucho. Él me hizo relajarme. Me hizo jugar con el teléfono. Lo primero que hicimos fue comprar un cable de diez metros de largo, de modo que pudiera moverme libremente por la habitación con el aparato, llevarlo conmigo de cuarto en cuarto, incluso. En casa, el teléfono había tenido toda la vida un lugar fijo. Había estado sobre una mesa baja junto al televisor. El cable había tenido la longitud exacta como para alcanzar el enchufe en la pared. Ni a mamá ni a mí se nos pasó nunca por la cabeza emular la cultura telefónica que vislumbrábamos en las películas americanas que ponían por la televisión, donde las personas vagaban constantemente de una habitación a otra mientras hablaban refinadamente por el teléfono, o simplemente yacían serpenteándose sobre una colcha rosa, mientras bebían aguardiente y conversaban con la novia en Illinois. Mamá, que al fin y al cabo había vivido el teléfono como una nueva conquista, mantuvo el respeto por él durante el resto de sus días. Cuando sonaba el teléfono, todo lo demás quedaba postergado. Echaba a correr cuando sonaba, como si le aterrorizara la idea de perderse alguna cosa de vital importancia. Y al hablar, se mantenía firme y en pie hasta que la conversación finalizaba. Nunca la vi sentarse a llamar por teléfono, casi creo que lo hubiera considerado como una falta de respeto hacia Bell, o quizá hacia la persona en la otra punta. Cuando instalaron el teléfono en nuestro nuevo apartamento, Kjell Bjarne aún no se había mudado, y a mí me resultó completamente natural copiar el viejo sistema de cable corto y el teléfono junto al aparato de televisión. Y Kjell Bjarne lo aceptó, como casi todo lo demás. No recuerdo ni siquiera que habláramos del asunto.

Al principio Frank me animó a entrenarme un poco en seco por mi cuenta, a hacer como si hablara con alguien, mientras iba de cuarto en cuarto con el largo cable a ras-tras. Desde el salón a la cocina. Desde la cocina hasta el dormitorio. Me sentía como un idiota, naturalmente, por mucho que procurara dejar los entrenamientos para cuando Kjell Bjarne estaba fuera de la casa. Aunque él estuviera perfectamente al tanto de mi problema y supiera muy bien lo que me pasaba, era como si no me pareciera correcto dejarle escuchar las artificiosas conversaciones que mantenía con mi difunta madre, o con el padre que había perdido ya antes de nacer. Por no hablar de las broncas a políticos diversos, además de las tiernas palabras dirigidas a mujeres no existentes. Daba vueltas por la casa en tono cariñoso o enfadado, todo según el estado de ánimo. Y la verdad es que con el tiempo me fue gustando. La fase dos consistió en que Frank me llamaba a una hora previamente acordada. Al principio estaba tieso y tenso, y no soltaba prenda, pero lentamente fui notando cómo se me iban relajando los músculos de las mandíbulas y que las palabras iban saliendo de mi boca. Fue de gran ayuda que Frank me dejara ir a su casa a ver cómo era el despacho donde tenía el teléfono. La siguiente vez que llamó, la cabeza no me dio tantas vueltas como antes. Al menos tenía claro que, mientras yo hablaba con él, estaba sentado en la silla azul de despacho junto al escritorio y que miraba hacia el jardín donde los manzanos estaban dispuestos en filas. De todos modos, Frank pensaba que no debía darle demasiada importancia a aquello. Debía en cambio intentar frenar en parte mi imaginación y entrenarme para mantener la concentración al máximo lo que durara la conversación. Escuchar lo que se decía. Por eso a la larga empezó a llamarme desde diversas cabinas de teléfono de la ciudad, a horas arbitrarias. Lentamente se me fue

pasando la fobia y ahora me encontraba en una fase en la que mi propia voz sonaba llamativamente firme al aparato. Me presentaba con nombre y apellidos. Exponía mi recado o escuchaba atentamente lo que se decía en el otro extremo. La idea de tirar la toalla en medio de una conversación y colgar el aparato me resultaba ahora lejana, y no poco lerda.

En esto de las llamadas sexuales al principio éramos los dos. Lo admito. Durante el tiempo que estuvimos en Brøynes, este particular servicio telefónico experimentó una evolución espectacular, y cuando tuvimos nuestro propio aparato y ya nadie nos podía coger con las manos en la masa, simple y llanamente caímos en la tentación. Había dos tipos de servicio, al parecer. Uno en el que conversabas con una mujer vivita y coleando, y otro algo más económico donde el monólogo femenino estaba grabado en una cinta. La primera variante, por causas evidentes, no entraba en cuestión. Lo intentamos un par de veces con Kjell Bjarne llevando la voz cantante, pero todo quedó en carraspeos y desorden. Simple y llanamente él tampoco sabía cómo manejar una situación semejante. Pero durante una temporada nos lo pasamos en grande con las cintas. Con esta imaginación mía tan considerablemente desarrollada, no me resultaba nada difícil imaginarme a Patricia en el diván, informando entre jadeos del uso que hacía de plátanos y otros objetos arbitrarios. ¡Y menudo lenguaje empleaban aquellas niñas! Casi nos hacían sonrojarnos ahí donde estábamos, sentados con las cabezas juntas y tonteando entre nosotros. Una de ellas usaba el propio auricular del teléfono como vara de masajes, un crepitante sonido de plástico contra rizado vello púbico, y la oíamos gritar pidiendo más con una voz ahogada por el llanto. Kjell Bjarne y yo nos quedábamos paralizados de excitación.

Pero como ya he dicho: un día llegó la factura. Fue en ese momento cuando realmente caí en la cuenta, y por

tanto caímos ambos, del tipo de guarrada misógina en la que habíamos participado. Tres mil coronas es mucho dinero para dos hombres que están ahorrando de su pensión del Estado para comprarse un reproductor de vídeo. Según mis cálculos el proyecto del vídeo se había retrasado medio año, y fue este dato el que hizo a Kjell Bjarne comprender la seriedad de la situación. Al menos eso creía yo. Hasta este momento.

—Como te chives a Frank, vas a empezar a hacerte la comía tú solito —me amenazó Kjell Bjarne—. Porque yo me mudo a otro sitio.

—Como no dejes esa bobada tuya, ¡ni tú ni yo vamos a tener nada con lo que hacer comida! —le paré—. ¿Y adónde te vas a mudar tú, con una deuda de dos mil coronas en tu cuenta? No te van a coger ni en el albergue del Ejército de Salvación. Si tú ni siquiera bebes. ¿Llevas mucho tiempo haciendo esto a mis espaldas?

—No. Solo que esta noche no he podido dormir. Me estaba entrando la depre, con toas las tonterías que estaba pensando.

—¿Solo esta única vez? Responde honestamente, porque de todos modos serás descubierto cuando llegue la factura.

—Solo esta única vez, y una vez más.

—Está bien —dije magnánimamente—. No voy a decir nada. Pero a cambio tienes que prometerme hablar con Frank de esas tonterías que piensas.

—¿A qué te refieres? —me miraba de reojo, pero pude ver lo aliviado que estaba.

—Se te va a tener que ocurrir algo mejor que ponerte a escuchar guarradas a precio de oro cada vez que te asustas —dije.

—No estaba asustao. Estaba cabreao con mi madre.

—Es igual. Los pasos del teléfono cuestan exactamente lo mismo, estés asustado o cabreado. Sería mejor que empezaras a llamar al SOS de la Iglesia. Creo que es gratis.

—Como que no es lo mismo.

—Quién sabe —dije—. Han pasado muchas cosas en la Iglesia desde que tú y yo nos confirmamos. Si creyéramos lo que dicen los periódicos, corres el riesgo de topar con una sacerdote lesbiana. Y si le hablas de tu malvada madre, no es nada descabellado que consigas hacerla jadedar un poco.

Ya volvíamos a ser hermanos de sangre. Nos reíamos como se ríen los hermanos de sangre. Alta y escandalosamente.

Kjell Bjarne salió a la cocina para hacer la comida. Le oía trajinar con las latas de conserva, mientras murmuraba algo sobre sacerdotas lesbianas.

—¿Joika o Snurring?

—Joika y Snurring —lo vitoreé yo.

Por un motivo u otro estaba de un humor endemoniado, y blandía el periódico a mi alrededor.

Frank llega a las siete como estaba acordado. A las siete *sharp*, como dice él. Cuando entra por la verja del patio trasero, Kjell Bjarne y yo estamos ya apostados en la ventana de la cocina del tercer piso. Alzamos las manos en forma de saludo y Frank nos saluda de vuelta. Me recorre un calor en el momento de saludarnos, y sé que a Kjell Bjarne le pasa lo mismo. Un sentimiento de compacto compañerismo.

No siempre ha sido así. Al principio odiábamos a Frank. Nos pasábamos las noches fantaseando sobre cómo podíamos martirizarlo hasta la muerte. Nos lo imaginábamos colgado de unas esposas del funicular de Bergen en pleno invierno. Llorando en un baño de ácido. A solas con unos pitbull-terriers torturados.

Nada más que fantasías y palabrería, naturalmente. No es mi estilo ni el de Kjell Bjarne maltratar a gente que no seamos nosotros mismos.

¡Pero es que llegaba y se inmiscuía en todo! Frank se entrometía en todo lo que decíamos y hacíamos. ¡No había quien lo soportara! Nada era lo bastante bueno para él y las raras veces en que me envalentonaba y le mandaba a freír espárragos, él me dejaba bien claro que cerrara la boca. Fue una época dolorosa y muchas veces añoraba el hogar de restablecimiento de Brøynes, donde gobernaba la bondadosa enfermera Gunn. Le escribí diciendo que había acabado en un sitio extremadamente cercano al infierno, pero ella se limitó a responderme diciendo que no exagerara tantísimo y que por lo demás le pusiera buena voluntad. Además, mi buen amigo Kjell Bjarne no tardaría en seguirme. Mandaba saludos de su parte.

¿Exagerar? ¿Ponerle buena voluntad, cuando Frank desdeñaba mis ideales y pisoteaba mi sentido estético? ¿Era yo el que iba a vivir en aquel piso, o era él? Cómo decidiera pintar las habitaciones de su propio chalet, sería asunto suyo; pero en decencia debería ser asunto mío decidir el aspecto que iba a tener mi propia casa. Yo quería pintar todas las paredes del piso de naranja, y sanseacabó. Compré pintura naranja por todo el presupuesto. Y no me dio tiempo ni a abrir la primera lata antes de que apareciera Frank y confiscara todo el pastel. Blanco, opinaba él, y cambió hasta el último litro delante de mis narices. Y encima tuve que ayudarlo a cargar con las latas y permanecer junto a él en la tienda, mientras Frank y el tendero, un tipo insoportable por otro lado, se dedicaban a hacer chistes sobre mi elección del color. Si me aventuraba a dar la más mínima lección de pensamiento democrático, se reía en mi cara y decía que eso hacía siglos que estaba pasado de moda. Aquí era él quien

mandaba. Además el piso no era en absoluto mío, sino más bien del Ayuntamiento de Oslo, y al parecer él tenía allí algo que decir.

Ese tipo de cosas me dolía. Me gustaba pensar en el piso como mío. Como nuestro. Mío y de Kjell Bjarne. Kjell Bjarne me escribía desde Brøynes preguntando cómo iban los arreglos y yo le respondía que iban mal, que un cierto Frank se entrometía en todo. Nuestra idea de montar unos jardines colgantes en el salón, podíamos irla olvidando. Frank no quiso ni oír hablar del asunto.

Los pasos de Frank en las escaleras. Era el único hombre que yo hubiera conocido que subía consecuentemente corriendo toda escalera. Cuanto más larga y empinada fuera la escalera, tanto mejor. Frank corría. Luego la archiconocida contraseña: tres golpes cortos y uno largo. La contraseña secreta del grupo de resistencia. Hice un gesto con la cabeza a Kjell Bjarne y se apresuró a acudir al recibidor para abrir. Les oí hablar entre ellos y darse palmadas en la espalda y, entonces, se me hicieron agua los ojos. ¡Que esto me hubiera sido concedido! Un sabroso compañerismo sin sentimentalismo. Me sequé rápidamente con un paño de cocina y entré en el salón.

A Frank ni se le había entrecortado la respiración. Está tan en forma como un guepardo. Se dejó caer en el sofá y se puso a mesarse sus grisáceos bigotes.

—¿Va todo bien, Elling?

Le aseguré que la vida prácticamente había alcanzado un equilibrio perfecto. Lo de que echaba de menos el calor y el goce de la infancia, no lo mencioné. Él no estaba en condiciones de entenderlo. Ciertas cosas han de mantenerse bajo llave, incluso para los amigos íntimos del Ayuntamiento de Oslo.

—Muy bien —dijo—. Y encima esto está impoluto, mejor que mi propia casa, por lo que puedo ver.

Dejó que la mirada vagara por la habitación.

Sí, lo estaba. Impoluta. Mi estancia en Brøynes me había enseñado un truco o dos, en lo que respecta a mantener la limpieza a mi alrededor. Lo cierto es que concedía mucha importancia a que todo estuviera en orden. Si se era lo suficientemente activo con la bayeta y el agua caliente, el bienestar se podía incrementar varios grados.

—¿Qué tal le va a Janne? —dijo Kjell Bjarne hurgándose las narices.

—Bien, creo —dijo Frank—. Está en Mallorca. Solo una semana o así, el viernes está de vuelta.

—¿Sola? —dijo Kjell Bjarne.

—Sí, ya sabes que yo no puedo cogerme días libres. Yo tengo que correr por ahí controlando que los tipos como vosotros dos no os desmadréis. La semana pasada, un chalado de Bjølsen intentó abrirse paso a través de la pared, hasta la casa del vecino.

—¡Nosotros no somos así! —dijo Kjell Bjarne.

—¿Qué habéis estado haciendo desde la última vez que nos vimos? —dijo Frank, como si no hubiera oído lo que había dicho Kjell Bjarne—. ¿Habéis salido a echarle un vistazo a la realidad, u os habéis quedado aquí mirando las musarrañas?

—Si yo estuviera con una churri, no la dejaría viajar sola al extranjero —dijo Kjell Bjarne—. Te aseguro que se las iba a tener que ver conmigo.

—¿De qué estás hablando tú, cacho rinoceronte? ¿Quién dice que me haya preguntado a mí? Lo que yo quería saber era si Elling y tú habíais salido a ventilaros desde la última vez. Eso es lo que quiero saber.

Tan chulo, tan chulo de boquilla. Pero ahora ya lo conocía. Me di cuenta de que quería dejar el tema ese de Janne lo más rápidamente posible. Kjell Bjarne tenía razón. La salud de una pareja de hecho no permitía que una de las partes se fuera de vacaciones sin ni siquiera preguntarle a la otra. Eso no estaba bien. Ahora estaba ahí haciéndose el chulo, mientras hacía lo que podía por disimular su propia desesperación. Sentí verdadera lástima por él. Cualquiera idiota se podía imaginar el tipo de tentaciones a las que Janne se expondría en Mallorca. Yo mismo había estado en el sur, y sabía de lo que hablaba. Los viajes organizados baratos no se habían inventado para salvaguardar la monogamia, eso estaba claro. Frenético ajetreo de la mañana a la noche. Me obligué a borrar la imagen de Janne con el equipo de fútbol local.

—¿Quieres una Coca-Cola? —dijo Kjell Bjarne.

—¡Por Dios, no tenéis remedio! ¡Sí, quiero una Coca-Cola! ¿Habéis hecho algo durante los últimos quince días?

Me estaban entrando muchísimas ganas de mentir. Lo cierto es que sabía perfectamente lo que quería oír. Quería recibir informes sobre una vasta actividad de carácter extrovertido. Soñaba con un día a día en el que Kjell Bjarne y yo nos dedicáramos a recorrer la ciudad como semigamberros, mientras trabábamos contactos sociales a diestro y siniestro. Nuevos amigos en cadena. Seguridad en nosotros mismos en los bares y cafés. Dos criaturas vencedoras que noquearan su entorno con implacable encanto.

Pero nosotros no habíamos sido creados así. Kjell Bjarne y yo simplemente no éramos así. Éramos un poco aprensivos. Los ruidos fuertes de los lugares de alterne nos asustaban. Y puesto que no teníamos claro quiénes eran nuestros vecinos, preferíamos que no nos vieran por las escaleras. Nos sentíamos más seguros en nuestra propia casa. ¿Qué tenía de malo?

—Yo bajo cada dos por tres al supermercado, al REMA 1000, para agenciarnos comida —dijo Kjell Bjarne colocando ante Frank una botella de litro y medio de Coca-Cola y un vaso—. Con el tipo de la caja registradora estoy empezando a saludarme un poquitín. P Jonnson, se llama. Unos veinte años, diría yo.

Frank aplaudió con desánimo y desenroscó el tapón de la botella de Coca-Cola: —¿Tú no podrías sentarte, Elling? No te quedes ahí mirándome. Me pones nervioso.

Me senté y me esforcé por no mirarle directamente.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Tú también te has dado una vuelta por el REMA 1000?

Le explique que eso del supermercado era el departamento de Kjell Bjarne. Y que era la primera vez que oía hablar una palabra sobre P Jonnson.

Frank se bebió el vaso de Coca-Cola de un trago y eructó: —Esto no funciona, chicos. ¡No tenéis ni un ápice de espíritu emprendedor!

—¿Y qué es lo que quieres que hagamos? —dije, notaba que un justificado enojo hacía que me temblara la voz—. ¿Quieres que asaltemos a la gente por la calle y la obliguemos a venir a casa con nosotros?

Frank apartó el vaso y se levantó: —Nos vamos al cine —dijo.

Fuimos a ver *A troche y moche*. Una película bastante boba, en mi opinión. Trataba de una pareja joven que no conseguía tener hijos, había algún problema con el semen de él. Pero niños querían a toda costa, y los iban a tener. A la larga el asunto se fue convirtiendo en una obsesión para los dos. Al final no se les ocurrió nada mejor que acordar que ella

saliera sola de bares para aparearse con el primer idiota que apareciera. Y cuando el idiota apareció en la forma de un antipático lírico, yo por mi parte había tenido bastante. El resto de la película no era más que celos y complicaciones, como era de esperar. ¡Y la gente se moría de risa! No sé yo, la verdad. Me considero un urbanita moderno, con todo lo que ello conlleva de actitudes liberales y ánimo abierto, pero me niego a aplaudir la disolución de las normas. Lo que más me fastidiaba de aquella película era que acababa donde en realidad debería haber comenzado. Acababa cuando la pareja se veía, no con uno, sino con tres niños. Trillizos. Toda una trilogía, inscrita en la matriz de aquella mujer por un lírico mediocre al que ni siquiera conocía. Y su marido, aquel a quien en realidad amaba, se quedaba sentado con una sonrisa bobalicona. A él le daba todo igual, se suponía. Desde luego que se había puesto celoso cuando su mujer andaba como loca intentando extraerle al poeta el mayor número posible de células de semen activas. Pero ahora que los niños habían llegado al mundo, todo estaba en perfecto orden. ¡Qué chorrada! No hacía falta ser precisamente un experto en la psique del Hombre para entender que aquel único coito, aquel apareamiento consciente, sería usado en contra de aquella mujer mientras siguiera con vida. Cada vez que nuestro hombre sintiera que la vida iba en su contra, saldría con la historia del perro semental escritor de poemas. Ella, por su parte, aseguraría a toda costa que no había sacado nada de aquel coito, que ni siquiera había tenido un orgasmo y que, a decir verdad, la pilula del poeta había sido algo escasa. Apenas la había notado, y estuvo mirando fijamente el techo durante toda la sesión, además de que no le permitió besarla.

Todo para nada, por supuesto. Ni la mentira más piadosa ni los más lastimosos lloriqueos podrían cambiar el hecho de que los tres niños no eran el resultado del amor

recíproco de los dos personajes principales. Al acabar la película, vemos una familia nuclear artificial. Una imagen falsa. Ni más ni menos.

—¡La mejor película que he visto en la vida! —sentenció Kjell Bjarne, cuando salimos.

A Kjell Bjarne siempre le pasaba lo mismo. Cada vez que íbamos al cine con Frank, veía la mejor película de su vida. Especialmente convincente resultaba cuando había vislumbrado un cuerpo de mujer desnudo. Entonces le temblaba la voz. Como ahora. En un corte de unos dos segundos habíamos sido testigos de que Anneke von der Lippe mostrara su blanca popa. En mi opinión la escena había sido algo corta como para elevar la película sobre el barrizal que realmente le correspondía.

—Divertida —dijo Frank—. ¿No es verdad, Elling?

No era verdad. Le expliqué tanto a Frank como a Kjell Bjarne lo que pensaba de los tiempos en los que vivíamos. Y de la falta de capacidad de las productoras de cine noruegas para asumir un papel corrector en la evolución de la sociedad. A mi entender, los trabajadores culturales de este país tenían ciertas responsabilidades.

—¡Por Dios, hombre! —dijo Frank—. ¡Pero si no era más que una comedia!

Kjell Bjarne se echó a reír: —¿No te has enterado de que era de risa, o qué?

—¡Me he enterado de que no era de risa! —lo atajé—. Y tú no te has enterado de nada en absoluto.

—¡Y tú qué sabes! —dijo Kjell Bjarne—. Yo entiendo exactamente lo que me parece.

—Estupendo —dijo Frank—. Está muy bien que la cultura genere implicación.

Yo no dije nada. La misma charlatanería superficial cada santa vez que íbamos al cine. Kjell Bjarne había visto

la mejor película del mundo y, junto con Frank, hacía oídos sordos a mis objeciones.

—Nunca nada es lo suficientemente bueno para ti —dijo Kjell Bjarne—. Siempre está to' mal.

Yo no respondí. No tenía el menor sentido censurar a Kjell Bjarne cuando se ponía así.

—No son más que las nueve —dijo Frank—. Os invito a una *pizza*.

Yo hubiera preferido ir a casa a hojear unas revistas de divulgación científica que me había agenciado, pero me daba cuenta de que hubiera sido descortés por mi parte decir algo así. Además: ¿qué había más natural que pasarse por una pizzería con dos viejos compañeros después de ir al cine? Resultaba correcto, en algún sentido. Un pedazo de pan italiano crujiente, mientras la conversación fluía sin esfuerzo.

—¡Mega! —dijo Kjell Bjarne.

Desde que estaba en Oslo se había dado prisa en adoptar una jerga juvenil que no le sentaba nada bien. Era como si a Kåre Willoch le hubiera dado por ponerse vulgar.

Fuimos a Pepes Pizza y pedimos una grande con jamón y *pepperoni*, tras hacer una votación. Dos contra uno. Era lo normal. Yo prefería atún. Curioso, por cierto, la rapidez con la que te acostumbras a que te avasallen una vez que te echas amigos. Al principio me oponía con uñas y dientes, y defendía los derechos de la minoría. Ahora notaba con cada vez mayor frecuencia que una suave resignación me diluía la adrenalina. Nos llevábamos bien. Nos conocíamos de cabo a rabo. Cuando tres hombres adultos van por la ciudad como nosotros habíamos cogido por costumbre hacer dos veces al mes, el tono con frecuencia se vuelve un poco burdo. Eso lo había aprendido. Y la verdad es que me gustaba.

Cuando la humeante *pizza* llegó a la mesa, Frank dijo:  
—Bueno, antes de que se me olvide... He estado investigando lo que me preguntasteis la última vez. No hay ningún problema con que os hagáis con un gato.

Kjell Bjarne y yo nos miramos.